

# CUENTOS POPULARES PORTUGUESES

Edición de  
JOSÉ VIALE MOUTINHO

Siruela



Edición en formato digital: diciembre de 2016

Colección dirigida por Michi Strausfeld

En cubierta: ilustración de © iStock.com/llbusca

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© De la edición, José Viale Moutinho

© De la traducción y el prólogo, María Tecla Portela Carreiro

© Ediciones Siruela, S. A., 2016

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-16964-60-4

Conversión a formato digital: María Belloso

# Índice

*Prólogo* MARÍA TECLA PORTELA CARREIRO

Érase una vez...  
por JOSÉ VIALE MOUTINHO

El cuento de la araña  
El cuento de Cara de Palo  
El cuento del gallego y el pozo  
El cuento de la zorra y el barquero  
El cuento de san Pedro y la herradura  
El cuento del Rey-escucha  
El cuento de la ristra de mentiras  
El cuento de la zorra y la cigüeña  
El cuento de la gaita mágica  
El cuento del príncipe real  
El cuento de la *carochinha*  
El cuento del tesoro del ciego  
El cuento de la palabra de rey  
El cuento de Juan Soldado  
El cuento de la piel del oso  
El cuento del ratón del molino y el ratón silvestre  
El cuento del conejo blanco  
El cuento del invitado a la fuerza  
El cuento del posadero deshonesto  
El cuento del jugador de palo  
El cuento de las nueces de la viejecita  
El cuento del cazador mentiroso  
El cuento de la adivinanza del rey  
El cuento de la mujer golosa  
El cuento del zapatero pobre  
El cuento de las adivinanzas del labrador  
El cuento del pato y las gallinejas  
El cuento del comilón de castañas  
El cuento de los dos leñadores  
El cuento de la venta de la vaca  
El cuento del «Quien no te conozca que te compre»

El cuento del aprendiz de hechicero  
El cuento de los dos mentirosos  
El cuento del ruseñor presumido de Monte Bueno  
El cuento del verdadero misterio  
El cuento de la petición a Nuestra Señora  
El cuento del cura comilón  
El cuento del príncipe cerdito  
El cuento del hada sorda  
El cuento del hombre que paseaba de noche  
El cuento del misterio de la casa  
El cuento del «Así lo dicen»  
El cuento de lo que dice la gente  
El cuento de la vieja hechizada  
El cuento de las monas  
El cuento del cachorro negro  
El cuento de la rapidez  
El cuento de la nueva orden del gobierno  
El cuento del bobo  
El cuento del molinero  
El cuento del sabor de los sabores  
El cuento del cerdo robado  
El cuento del fraile bernardo  
El cuento del marido noctívago  
El cuento de la herencia paterna  
El cuento de la madrastra  
El cuento de la mucha locura  
El cuento de la reina envidiosa  
El cuento de la Torre de Babilonia  
El cuento de la vieja y los lobos  
El cuento de la mujer cobra  
El cuento de la vieja «más que lista»  
El cuento de los *feijões fradinhos*  
El cuento de las hermanas tartamudas  
El cuento de los casados  
El cuento de fray Juan Sin-Cuidados  
El cuento de Juan Grillo  
El cuento del caldo de piedra  
El cuento de la mantita de seda  
El cuento del que se hizo el muerto  
El cuento del grano de maíz  
El cuento del guardador de puercos  
El cuento de lo más claro del mundo  
El cuento de Manuel Vaz  
El cuento del pájaro Chica-Amorica  
El cuento del rey y el conde  
El cuento del zurrón  
El cuento de los gibosos  
El cuento de los diez enanitos de la Tía Verde Agua  
El cuento de los dos compadres  
El cuento de los frailes predicadores  
El cuento de los tres perros

El cuento del cuerno olvidado  
El cuento de una mujer seria  
El cuento de los ojos y los hocicos  
El cuento de la mujer y los tres frailes  
El cuento de la vieja asomada a la ventana  
El cuento del hombre lobo  
El cuento de la viuda del que se hizo el muerto  
El cuento de los amores reñidos  
El cuento del siempre no  
El cuento de la mujer que quería cegar a su marido  
El cuento de los siete mimbres  
El cuento de las manchas de la luna  
El cuento de los higos del avaro  
El cuento de los huevos y las castañas  
El cuento de don Cayo  
El cuento del canto del cuco  
El cuento de la casa de Gonzalo  
El cuento del cantero de hornos  
El cuento del príncipe con orejas de burro  
El cuento de las tres manzanitas de oro  
El cuento de la raposa y la cotorra  
El cuento de la mujer que estaba harta  
El cuento de una apuesta  
El cuento del tío Norteiro y del saco de oro  
El cuento del hombre de la espada de veinte quintales  
El cuento del que comía dos  
El cuento de la pobre generosa  
El cuento de las tres cidras  
El cuento de la estaca mágica  
El cuento de lo cierto y de lo incierto  
El cuento de la calabaza y la bellota  
El cuento del compadre Diablo  
El cuento del gigante  
El cuento del rey de los maestros

## Prólogo

### Esto que os cuento...

Los cuentos populares son, por antonomasia, los de tradición oral, los que corren de boca en boca y de generación en generación, desde tiempo inmemorial... o sea, «años sin cuento».

Su expresión, por lo tanto, y como no podía dejar de ser, es la expresión del pueblo: sus términos, sus giros, sus decirs, sus locuciones, tópicos o lugares comunes... que —obviamente— se va adaptando a la época y al lugar. Quiero pensar que recopilar y fijar los cuentos populares, poniéndolos «negro sobre blanco» y dándoles una forma estática e inamovible es necesario —cruelmente necesario—, pero no deja de ser un auténtico atentado a su verdadera esencia, que es la de seguir circulando y adaptándose al habla y a las vivencias del que los cuenta, que es hijo de su cultura tradicional pero está adoptado por su tiempo y circunstancias.

Estos cuentos son cuentos populares portugueses. Uno nacía y moría en Portugal oyendo contar estas historias de reyes y príncipes, labradores, correccaminos, frailes, animales y objetos con voz, viejas perversas y niñas buenas, hechizos, encantamientos, supersticiones y almas en pena, de la Chica-Amorica y sus hijos varios o del valiente João Soldado... Aunque no es raro encontrarnos las mismas historias no solo en países de lengua romance sino también en

la tradición anglosajona, en países del Este y —quizá ahí se encuentre uno de sus puntos clave, o eso nos dicen— en la tradición oriental. Muchos de ellos —no es raro— tienen raíces comunes y se van repitiendo en diferentes países con similares personajes o —más todavía— con un contenido similar o moraleja. Un ejemplo entre tantos puede ser «El sabor de los sabores», que se llama en Rumanía *Sarea-n bucate* («La sal en la comida»), con idéntico trasfondo.

Estos cuentos están, pues, cuajados en la riquísima expresividad popular de su lengua, y en ello no poco tienen que ver los muchos saberes de su —en este caso— recopilador, especialista en adivinanzas y conocedor, como pocos, de ese extraordinario mundo que es la cultura tradicional portuguesa, cultura, que —para suerte de todos— se mantiene viva, defendiéndose, como gato panza arriba, de los duros zarpazos de la globalización.

Resalto que, entre los portugueses —incluidos los de más alto nivel cultural—, citar al pueblo, con sus propios decires y expresiones, es tan culto y refinado como citar a un clásico. Se puede citar a Homero, a Camões y a Heidegger, para acabar con un: *e —como diz o povo— ... exactamente, «y... —como dice el pueblo—...»*, es decir, un clásico que corre por nuestras venas, que suele ser sentencia casi siempre sin recurso... Porque el pueblo tiene su propia sabiduría que, como *O Velho do Restelo* en «Os Lusíadas», es *um saber só de experiências feito*. Poco se puede añadir si así lo dice el propio Camões. Un saber hecho de experiencias, transmitidas oralmente —pero no solo— y que uno asimila e incorpora a sus conocimientos como un punto más de erudición. Entrañable, conmovedor y de una incontestable sabiduría por parte de este pueblo que, abierto a todos los mundos, nunca deja de nutrirse de sus propias raíces. La verdadera cultura, que no necesariamente coincide con la tan pretendida erudición.

¡Ah! Pero he aquí que José Viale Moutinho, que recoge los cuentos, como antaño, «al amor de la lumbre», conta-

dos por «abuelas» y «tías» —no siempre en el sentido estricto de la palabra sino en el más amplio e incluyente—, les añade la pincelada culta de la recopilación. No deja de ser un hombre de vastos conocimientos, brillante trayectoria y ya cuajada obra literaria.

Y eso es lo que presentamos en este volumen: cuentos de siempre, recopilados en un ambiente portugués, procedentes de su mundo rural y escritos por una pluma de reconocido prestigio y amplio bagaje cultural del que —y a ello volvemos— la cultura popular forma parte por su propio derecho.

Hay cuentos que se sitúan en algún pueblo o ciudad o en alguna región concreta. Pueden desarrollarse o pertenecer a la tradición oral de Coimbra, Mafra, Ponte de Lima, Porto Moniz... o, más ampliamente, a una región (Minho, Algarve, Beira Alta, Madeira...), por lo que pueden ser más locales, pero, en general, son cuentos que forman parte de eso que los sociólogos llaman «el imaginario colectivo» de Portugal como un todo y —si nos aprietan— como ya hemos visto, de la vida en cualquier rincón de nuestro mundo... «nuestro», aquí en un sentido muy concreto.

Es curioso cómo algunos de estos cuentos pasan de un casi surrealismo a una especie de realismo mágico o a algo que no sabríamos muy bien cómo encuadrar... Algunos se nos antojan largos, quizás para acompañar las noches de invierno, y engarzan episodios muy diferentes, como inconexos, sin más nexo que el propio relato... Los hay que se cortan bruscamente, como dejando al atento receptor al borde de un abismo; otros se quedan en el aire, como obligando a pensar. Quizá por eso, porque, amén de entretener, muchos de ellos se dirigen precisamente a hacer pensar. Los protagonistas son tan variados como la vida misma y —también como la vida misma— están bastante lejos de los tópicos. Hay reinas buenas y reinas malas, princesas bellísimas y princesas tan feas que les da vergüenza presentarse en público; hay labradores y comerciantes honrados y

sinvergüenzas; hay cantidad de hijos tontos a los que sus madres quieren casar a toda costa —eso, podemos decir, con cierta ironía, que no deja de ser un tópico—; muchachotes fuertes y criaturas enclenques, hallazgos mágicos y encuentros desastrosos... Amén de los mandatarios (reyes, ministros, generales...), hay curas, frailes, jueces (puntos de referencia locales de moralidad o, en su caso, inmoralidad) hay sastres, labradores, pastores, barqueros, panaderos, carpinteros, feriantes, gentes de la mar y, curiosamente, un gran número de zapateros. También molineros, aunque menos que en otros lugares. Y hay padres, hijos, abuelos, hermanos, cónyuges... e infinidad de compadres (por lo menos así les llaman —y se llaman entre sí—, porque cuesta creer que pueda una raposa amadrinar a un cigüeño, pero ambas, zorra y cigüeña, se tratan —tan ceremoniosa como hipócritamente— por «comadres» y con un refinamiento que roza el protocolo).

Hay historias de «cuando Dios andaba por el mundo», en las que Jesús o san Pedro son un personaje más sometido a las argucias del relato (algunas muy poco ortodoxas, dicho sea de paso), aunque estos cuentos (contrariamente a otras recopilaciones populares) no se ceban especialmente con el clero. No podían dejar de hacerlo, pero no con el encarnizamiento de otras latitudes. Dios siempre es infinitamente misericordioso —aquí también precisamente porque es infinitamente justo— y sí, los demonios, los grandes, los pequeños, con sus propios nombres, siempre quieren arrebatar almas para sus infiernos, pero, entre el pueblo portugués, difícilmente salen victoriosos. Como también los hombres lobo o las almas en pena, recurrentes en el imaginario popular, siempre rescatados por criaturas valerosas —a veces ingenuas— que suelen recibir un premio, además del premio que ya supone rescatar un alma o recobrar a un ser humano, quebrando hechizos y encantamientos.

Los animales son fantásticos y auténticamente de fábula: burros, gallinas, cigüeñas, zorras en número incontable, ra-

tones, arañas o cucarachas... Todos tienen voz, personalidad —como lo exige el género—, imaginación y una increíble capacidad de decisión que acaba por convertirlos en puntos de referencia de todo un mundo: otra vez el imaginario... Veamos «Os Contos da Carochinha», sin ir más lejos. Pero también las cosas, los objetos, lo inanimado, en fin, pertenecen al mundo de la fábula: hay sombreros, gaitas y sillas, trípodes, vigas, puertas... de un mundo mágico y *desassombrado* —valiente, osado, intrépido, sincero...—, y que se nos antoja auténtico y veraz pese a la fabulación. Se supone, aunque sea mucho suponer, que los cuentos populares cuentan una historia con una intención moralizante. Y más suponer todavía es pensar que siempre ganan «los buenos». En no raras ocasiones nos encontramos con que, muy lejos de lo moralmente aceptable —sin anacronismos, claro—, triunfa la picardía. Y lo procaz, que induce inevitablemente a la risa...

Todos estos personajes, sentimientos y situaciones se entrecruzan en este manojo de cuentos populares, pero si hay un rasgo —virtud o defecto, dependiendo de quién mira o sufre las consecuencias— es la astucia. La astucia, la sagacidad, la listeza... se imponen incluso a la bondad, a la generosidad y a la mansedumbre. Porque hasta estas reconocidas virtudes se valen muchas veces de la sagacidad para actuar en plenitud. Por eso la zorra es animal predilecto de los cuentos populares como también lo es, con frecuencia, de las fábulas en verso.

Pero he aquí que la perspicacia con harta frecuencia utiliza el lenguaje como arma predilecta. Los retruécanos, los dobles sentidos —y las dobles interpretaciones— hacen muchas veces ganar al más hábil, sin más ardid que las palabras... Porque de la palabra, con más o menos habilidad y con más o menos suerte, se valen todos... ¿Cómo no recordar las flautas hechas de caña, con su voz acusadora e irrefutable?

Sí, en realidad, «Érase una vez...». Y viene tan a cuento que no me resisto a ello, con este manojito de deliciosos cuentos portugueses recopilados por José Viale Moutinho.

Finalmente quisiera dar las gracias desde aquí, en primer lugar, a José Viale Moutinho, atento, una vez más, y con la mayor cordialidad y simpatía, a todo tipo de preguntas y cuestiones. Con gente así se puede trabajar.

Y también a mis actuales jefes, Davi Pinto y Leonardo Wester, que aceptaron el cuento y me permitieron resguardarme del tórrido verano de Madrid.

A mis actuales compañeros de trabajo, Luis Miguel, Manoela, Tjibbe, Hildebrando, Belén y Livia, que oían todos los días mis cuentos, mis quejas, mis hallazgos y mi preocupación.

A José Damián, amigo de tiempo inmemorial, que —una y mil veces más— revisó los textos definitivos, hizo sus siempre magníficas sugerencias y suplió las inevitables lagunas. Enumerar la infinidad de agradecimientos que le debo sería —cómo no— el cuento de nunca acabar.

A todos mis amigos portugueses, pero, esta vez, muy especialmente, a Maria Francisca y Pedro Souza Cardoso, que me invitaron a su boda de cuento de hadas, precisamente en plena traducción, y a cuyos nietos espera esta tía entretener contando cuentos en un portugués que —para entonces— les parecerá —aún más— arcaico. A lo mejor acaba por gustarles la Filología casi tanto como a mí.

Sin vosotros, nada de esto sería posible, porque, al fin y al cabo, como diríamos volviendo a las raíces, *Eche o conto...*

MARIA TECLA PORTELA CARREIRO  
Madrid, septiembre 2016

**CCUENTOS POPULARES  
PORTUGUESES**

*A Lidia Jorge,  
sobre las voces de nuestro pueblo*

*Literatura popular es «la que circula entre el pueblo,  
la que el pueblo entiende y la que le gusta».*

M. VIEGAS GUERREIRO

## Érase una vez...

Así es como yo escuché que empezaban muchas de estas historias al amor de la lumbre, palabras iluminadas por las llamas. Mi abuela sabía echarle los condimentos que nos llevaban al miedo y a la ternura, a las lágrimas y al entusiasmo. Recuerdo la gran chimenea de casa de mis abuelos paternos en Almendra, en la región demarcada del Douro — el Duero en Portugal—, en donde se hace el vino de Oporto. Mi abuelo también escuchaba, pero no se le arrancaba una palabra, aunque sí bailaba en su rostro una expresión irónica, que me ayudaba a ser un oyente tan atento como crítico. En aquel tiempo, ¡qué me importaba a mí la definición enciclopédica de *cuento popular*! Lo que me gustaba era escuchar un cuento y, a las primeras de cambio, recontarlo añadiéndole «un punto» —algo— de mi cosecha, ¡a la que tenía —y todos tenemos— derecho! Y es que un cuento popular nunca está definitivamente terminado, necesita siempre alguna que otra mano de color, de imaginación, de alucinación, de lo que, en fin, se nos pase por la cabeza mientras seamos contadores... ¡y, naturalmente, oyentes!

Estos cuentos que entrego al lector —¡ya me gustaría que pudiese ser de otra forma, amigos míos!— no eran, en principio, de los que se destinaban a ser escritos, eso es cierto. Escribirlos es un forzado registro episódico. ¡Ay de quien vuelva a escribirlos «tal cualmente»! ¡Caerá en el pecado de la falta de imaginación! Estos cuentos son para ser contados de boca a orejas. Hoy en día, con la falta de abuelos